

España Evangélica

Año XV. - Núm. 696

Madrid, 29 de Marzo de 1934

Precio: 25 centimos.



GETSEMANÍ



45 Entonces vino a sus discípulos, y díceles: Dormid ya, y descansad; he aquí ha llegado la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores.

46 Levantáos, vamos: he aquí ha llegado el que me ha entregado.

47 Y hablando aún él, he aquí Judas, uno de los doce, vino, y con él mucha gente con espadas y con palos, de parte de los príncipes de los sacerdotes, y de los ancianos del pueblo.

48 Y el que le entregaba les había dado señal, diciendo: Al que yo besare, aquel es; prendedle.

49 Y luego que llegó a Jesús, dijo: Salve, Maestro. Y le besó.

50 Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué vienes? Entonces llegaron, y echaron mano a Jesús, y le prendieron.

51 Y he aquí uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del pontífice, le quitó la oreja.

52 Entonces Jesús le dice: Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomaren espada, a espada perecerán.

(SAN MATEO XXVI.)

LA SEMANA SANTA

HEMOS llegado una vez más a esta semana del año que todos los cristianos dedican a la conmemoración de los augustos Misterios de la Redención. La grandiosidad del drama del Calvario, que si en todas ocasiones eleva nuestro espíritu, en ésta debe abstraerlo de una manera especial, se aparece ante nuestros ojos de un modo sublime, como suma y compendio de la historia de la Humanidad.

La caída del hombre, su justa condenación, allí se ve demostrada por el tremendo castigo, la expiación de la culpa; la redención del género humano se ve realzada por lo excelso del Redentor.

Jamás agotaremos el tema de la Pasión: veinte siglos se viene meditando en él, y es tan nuevo y grandioso como el primer día; miles de siglos pasarán y seguirá siendo el más trascendental, el más grande de los acontecimientos, y en los cielos, por toda una eternidad, se recordarán con gran gozo las escenas por las cuales el sepulcro fué vencido, el pecado deshecho y la muerte aniquilada.

Numerosos hombres son ejecutados todos los días en patíbulo vil, y nadie se acuerda de ellos, como no sea para compadecerlos; aun se da el caso de que algún inocente sufra la muerte y sea tardíamente rehabilitado; pero nadie como Cristo merece mayor memoria y veneración, porque precisamente de su dolorosa pasión nace para la Humanidad una fuente de inagotables beneficios.

Sus discípulos huyeron aterrorizados al verle pendiente de la cruz; los judíos se golpeaban los pechos, y los gentiles mostraban enorme asombro; es que la Naturaleza toda se conmovía ante lo inmenso del drama: un Dios que muere. ¿Y es entonces Dios? Todo dice que sí, pero lo demuestra Él mismo, pues muriendo vence a la muerte.

Recordemos la sublime escena en que Cristo se despide de sus apóstoles, de su Iglesia. Va a partir, los va a dejar y, sin embargo, quedará en medio de ellos; el Padre enviará el Espíritu que ha de

consolarles; Él les deja su cuerpo y su sangre, que ha de alimentarles. ¡Augusto sacramento, que es el nervio y fortaleza de la Iglesia!

Y después de ser condenado inicuaente, recorre la calle de la Amargura, no cuidándose ya de Sí, pero atendiendo a las desconsoladas mujeres, como luego en el Gólgota atiende a su madre traspasada; pide perdón para los que le matan, y ofrece la gloria al malhechor que le confiesa. Sólo cuando ya ha cuidado de todos y la inmensidad del dolor quebranta su cuerpo y tritura su alma, declara que tiene sed, pide a Dios que no le desampare, y le encomienda su espíritu.

Todo se ha consumado: el sacrificio eterno, el único, el verdadero, está ya hecho; la justicia divina satisfecha; la reconciliación efectuada, rotas las cadenas de la muerte y abiertas las puertas del cielo.

El velo del templo se rasgó de arriba a abajo; ya no hay secretos, ya no hay sacrificios; toda la Humanidad puede entrar en el lugar santísimo, puesto que todos los hombres han sido purificados. Cesaron los ritos, terminaron las abluciones, se extinguieron las víctimas, caducaron los sacerdocios. El nuevo Adam ha deshecho la obra del primer Adam.

Y para sellar su obra, para hacerla válida, para demostrar su potencia, resucita al tercer día, se aparece al mundo, transformado, radiante, lleno de gloria. Muriendo en la cruz demuestra que es un hombre; surgiendo de la tumba por su propio impulso, atestigua que es Dios. Ante tal prodigio bajemos la cabeza, y reconozcamos que no somos nada, pero que muriendo con Cristo podremos resucitar con Él.

Meditemos con fe, en esta semana, sobre tan importantes acontecimientos, y llenos del fervor que debe caracterizar a los hijos de Dios, recordemos con tristeza los dolores del que murió, y con alegría la victoria del que resucitó.

LA CRUZ, SÍMBOLO DE REDENCIÓN

VERGÜENZA y oprobio. Estigma e infamia. He ahí el significado de la cruz en tiempos de Nuestro Señor Jesucristo. Refiérenos la Historia que la cruz era el elemento de suplicio más utilizado entonces, y de modo principal contra los autores de mayores hurtos, contra los criminales más empedernidos, cometedores unos y otros de los más viles asesinatos, de los más escandalosos robos.

Que el Hijo de Dios, muriendo en la cruz, se una de tal suerte a la miseria humana; que descienda en su amor a la Humanidad hasta un nivel tan bajo; que expire entre atroces sufrimientos, contento y alegre, aun cuando sabía que al hacerlo se hallaba, según la frase paulina, «reconciliando el mundo a Sí», es algo en que la mente humana no puede penetrar; es algo que está vedado comprender a los sabios de este mundo, pero que, no obstante, aparece por completo diáfano y transparente para todo creyente, aun para el más humilde y sencillo, pues por su misma sencillez y humildad sabrá con absoluta certeza que Cristo Jesús, muriendo en la cruz, se encuentra pagando a la justicia divina el castigo a que era él acreedor, por causa de su pecado.

Cuando contemplamos con nuestra vista espiritual la escena que en el Gólgota se desarrolla, y vemos crucificado al santo, al justo, al que no conoció pecado, al que todo su delito consistió, según el resumen que la misma Escritura nos hace de su vida, «en pasar por todas partes haciendo bien», mostrando a las almas el camino que conducía a su eternal felicidad, predicando y viviendo el amor fraternal entre todos los hombres, el alma cristiana se apesadumbra y acongoja, un profundo sollozo ahoga nuestras gargantas y unas lágrimas de gratitud pugnan por correr por las mejillas, no acertando a comprender la volubilidad del pueblo judío, que días antes, cuando el Salvador entra en Jerusalem, de modo pacífico, cabalgando sobre un asno, despójase de sus mantos, corta ramas de los árboles que a ambos lados del camino había, arrojando ramas y mantos ante su paso y prorrumpiendo en vítores de indescriptible júbilo: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!», aunque, ¡ay!, breves días después a la pregunta que Pilato le dirige: «¿Qué queréis, pues, que haga con Jesús que se dice el Cristo?», responde con estentórea voz, casi hasta enron-

quecer: «¡Crucifícale! ¡Crucifícale!», y que para dar mayor fuerza a su deseo, en un arrebatado de febril inconsciencia, añade: «¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!», en contestación a la frase de Pilatos, eludiendo responsabilidad en el cruel proceso: «Inocente soy de la sangre de este justo».

Así es, sin embargo, la condición humana. Nos acordamos de los favores recibidos, en tanto que gozamos de sus beneficios, pero tan pronto como éstos faltan, somos dados al olvido. Aquella enardecida multitud, entre los que, sin duda alguna, se encontraba más de una persona que del Maestro había recibido grandes bendiciones, se olvida en un momento de estos favores, y con su aprobación, o con su pasividad, o quizá de las dos formas, contribuye a la crucifixión de Cristo, y puede verle más tarde colgado del infamante madero, entre dos malhechores. ¡Tan compenetrado podemos ver a Cristo con nuestra naturaleza humana! Él conoce todas nuestras miserias, todas nuestras innobles ambiciones, todos nuestros insinceros deseos, toda la maldad que el pecado encierra, porque exhalando su postrer suspiro en la cruz, lleva sobre sus hombros el peso de nuestras transgresiones.

Mas Jesús, con su divino contacto, todo lo transforma. Hace lo débil, fuerte. Sana lo enfermo. Las tinieblas convierte en luz. La

sed, en fuentes de aguas vivas. Y Cristo Jesús que de Mateo, un publicano, embebido en los negocios del mundo, hace un fiel discípulo suyo; de un Saulo de Tarso, perseguidor encarnizado de los cristianos primitivos, el más ardoroso defensor y propagandista de las doctrinas del Crucificado, y de un Agustín, inquietud de su familia y terror de Cartago, un fiel patriarca de la Iglesia, no podía por menos que transformar el significado de la cruz, convirtiendo en símbolo de redención, lo que era símbolo de perdición; en símbolo de libertad, lo que era símbolo de esclavitud; en símbolo de vida, y vida eterna, lo que era símbolo de muerte, y todo esto con tanta plenitud y tal poder, que la cruz que en tiempos pasados era símbolo de vergüenza y de oprobio, de

estigma y de infamia, es hoy — pese a sus muchos detractores — símbolo de todo esfuerzo noble y generoso, de toda idea redentora y bienhechora, manantial inagotable de raudales portentosos de infinita bendición.

Y si la cruz es símbolo muy precioso de la redención conseguida por Cristo para cuantos por fe quieran aceptar su obra expiatoria, no es menos cierto que también es símbolo de nuestra propia redención.

El Maestro dijo: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, y ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame». Y tomar nuestra cruz es redimirnos constantemente de muchas cosas no necesarias, es un continuo batallar contra el mal, contra todo lo que tienda a obstaculizar

nuestra visión de Dios, nuestra diaria comunión con el Padre. Es imitar el ejemplo que el Salvador nos da: seguir el camino que a la verdad conduce, cueste lo que cueste, aunque al término de él nos esté reservada adversa situación.

Con San Pablo podemos decir: «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo»; «con Cristo estoy justamente crucificado, y vivo no ya yo, mas vive Cristo en mí»; «no me he propuesto saber otra cosa entre vosotros que a Cristo Jesús crucificado». De esta forma caminaremos por la vida, no con la cruz sobre el pecho, como algunos la llevan ahora, sino con la cruz de Cristo grabada con huella indeleble en lo más profundo de nuestro corazón.

RAMÓN TAIBO SIENES.

¡ A L E L U Y A . . . !

*Se apagan las estrellas, y se enciende
un arrebol allá, en la lejanía.*

*Una alondra el jardín deja y se pierde
en las alturas, saludando al día.*

*Un suave rumor, cual cuchicheo,
puebla las ramas en la fronda umbría.*

*Sólo resta una estrella no apagada,
titilando sus luces temblorosas
en saludo y adiós a la mañana,
que asciende hacia los cielos victoriosa.
En los cerezos ábrense mil flores,
y en los rosales vístense las rosas.*

*Callan los saltamontes y los grillos,
y en éxtasis de luz las mariposas
abren las alas. Mécese los lirios
besados por las auras amorosas.
Las hierbas, coronadas de rocío
como sus bellas flores, son dichosas.*

*Trina un zorzal cantando sus amores
parado junto al nido, aun en paz.
Crecen allá, en la fronda, los rumores.
Ya la estrella se acaba de apagar.
Apresuradas, ábrense las flores,
que mil abejas las esperan ya. . .*

*De pronto, estremecidos, callan todos:
ha palpitado el suelo con temblor
de corazón que hace latir el gozo
de algún muy dulce, inesperado amor.
Cruzó el jardín un ángel luminoso,
vestido con ropaje todo albor.*

*Llegó al sepulcro que el jardín encierra,
y con manos suaves, poderosas,
rompió el sello al apartar la piedra,*

*pronunciando palabras misteriosas.
Y en la puerta sombría de la cueva
alguien, en pie, mirando al cielo, ora.*

*Blanca figura envuelta en un sudario,
Jesús de Nazaret, al cielo mira:
da gracias a Su Dios, porque el Calvario,
coronado de sol, sin agonía,
será de esta hora cual sagrario
del Amor que redime, que da vida.*

*El ángel, en silencio, a Su Rey mira,
las dos manos cruzadas sobre el pecho,
en el suelo, doblada la rodilla,
con extático amor, gozo, respeto:
tomado por la inmensa maravilla
del triunfo final, glorioso, cierto.*

*Jesús de Nazaret se desenvuelve
de aquel lienzo fatal, que tras Él queda,
de aquel lienzo que cinco manchas tiene,
cinco estrellas de sangre. . . ¡Su bandera!
Después, como una luz se apaga, vase,
y en el jardín tan sólo el ángel queda.*

*Abre sus brazos, cual si fuesen alas,
abre los labios, lanza un jaleluya!,
y asciende hacia las nubes sonrosadas.
En el jardín, su eco que perdura
va creciendo, creciendo. . . En la enramada,
en el aire, en el suelo, en la espesura,*

*en todo cuanto alienta, suave el canto,
que es luz del sol, y gotas de rocío,
perfume de las flores, el murmullo
de la brisa, el insecto, el pajarillo,
explosión en las yemas, el capullo. . .
un jaleluya! a Cristo redivivo.*

A. ALMUDEVAR.



REVELACIÓN

La gran enseñanza del sepulcro vacío.

La resurrección de Cristo es un hecho absolutamente único. Ni antes hubo nada semejante, ni jamás lo habrá. Si la resurrección de Cristo no ocurrió, podríamos muy bien dudar de todos los milagros que hay en la Biblia; pero si Cristo resucitó, entonces todos los ataques contra los demás milagros tienen necesariamente que fracasar.

En la lógica hay lo que se llama un argumento *a fortiori*, es decir, argumentar de lo mayor a lo menor. Un ejemplo de esto podemos encontrarlo en la Epístola a los Romanos, cap. XXVIII, vers. 32: «El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?» Lo menor está incluido en lo mayor. Del mismo modo, si la resurrección de Cristo es una verdad, es la prueba más grande de todo lo demás que está relacionado con el Cristianismo. El Cristianismo descansa sobre la gran verdad fundamental de la resurrección del cuerpo de Cristo, y si esto se quitare, quedaría toda la estructura sin fundamento. De aquí, el que la importancia de este hecho nunca se estime bastante. ¿Cómo podremos saber que el Antiguo Testamento fué inspirado por Dios? Por la resurrección de Cristo de entre los muertos. ¿Cómo podremos saber que Dios se manifestó en carne en la Persona de Cristo? Por la resurrección de Cristo de entre los muertos. ¿Cómo podremos saber que los relatos contenidos en los Evangelios son históricos? Por la resurrección de Cristo de entre los muertos. Y así podríamos seguir haciendo infinidad de preguntas como éstas, las cuales sólo tendrían su respuesta en el sepulcro vacío y en las ropas mortuorias allí dejadas.

La veracidad de Jesucristo, la inspiración del Antiguo Testamento, la evidencia histórica de los Evangelios, la sinceridad del libro de los Hechos, la integridad de las Epístolas y el valor del Apocalipsis, todo esto permanece o cae, según sea verdad o no la resurrección de Cristo.

La veracidad de Cristo.

Poco después de comenzar su ministerio, según leemos en el Evangelio de San Juan, Jesús fué a Jerusalem con motivo de la Pascua. Al llegar, encontró algunos hombres en el templo que lo habían convertido en mercado, y Jesús, haciendo un azote de cuerdas, los echó de allí. Inmediatamente los judíos le pidieron una señal que atestiguara su autoridad y probara la verdad de

sus demandas. Y Él les contestó con aquellas solemnes palabras: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan, capítulo II, versículo 19). Los judíos creyeron que Él se refería al templo, pero estaba hablando de su cuerpo, como lo aclara el apóstol cuando dice en el versículo 21: «Mas Él hablaba del templo de su cuerpo». Aunque los discípulos no le entendieron entonces, después que Él resucitó y porque resucitó, «creyeron a la Escritura, y a la Palabra que Jesús había dicho» (Juan, II, 22).

Más de una vez anunció el Señor a sus discípulos que sería entregado en manos de los gentiles y le matarían; pero siempre que lo hizo terminó anunciando su resurrección. Los discípulos eran judíos, y como tales creían en la resurrección, pero una resurrección de entre los muertos era cosa que estaba más allá de su entendimiento, y tantas veces como Jesús les habló de ella, otras tantas se olvidaron, no acordándose más hasta que Jesús resucitó.

Una y otra vez hizo Jesús declaraciones, cuya verdad sólo podía ser probada por su resurrección de entre los muertos. A los judíos les ofreció el hecho sin precedentes de su resurrección corporal como la prueba de que sus demandas eran verdaderas, y a sus discípulos les dio consuelo con la afirmación de que Él se levantaría de los muertos. Si no lo hubiera hecho así, no podría creerse nada de lo que Él dijo. Si la prueba ofrecida no está a la vista, lo que Cristo pretendió no es verdad, y entonces Él demostraría ser un impostor, un imbécil o un fanático desequilibrado.

La inspiración del Antiguo Testamento.

Empezando por el libro del Génesis hasta el final del Antiguo Testamento, encontramos numerosas profecías, directas e indirectas de la resurrección de Cristo, que si no se hubieran cumplido al pie de la letra, demostrarían que este Libro no era inspirado por Dios. Pero si vemos que estas profecías se han cumplido con toda exactitud, tal como fueron escritas, demostrarán con la misma certeza que el Libro es inspirado por Dios y, por tanto, infalible.

Nuestro Señor Jesucristo, hablando proféticamente, declara en el Salmo II que el Padre le ha dicho: «Mi Hijo eres Tú; yo te engendré hoy». Y sabemos que esto se refiere a la resurrección de Cristo, porque Pablo, predicando en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, dijo que «habiendo cumplido to-

das las cosas que de Él estaban escritas... Dios le levantó de los muertos... como también en el Salmo II está escrito: Mi Hijo eres Tú, yo te he engendrado hoy» (Hechos, XIII, 29-33). Después, en este mismo discurso, Pablo cita otra Escritura que él dice que está cumplida en la resurrección de Cristo. De manera que estas profecías no pueden referirse a su eterna filiación, ni tampoco a su Encarnación, sino que necesariamente tienen que referirse a su resurrección corporal del sepulcro de José de Arimatea en aquel primer día de Pascua.

En el Salmo XVI, versículos 9 y 10, encontramos otra notable profecía de la resurrección de Cristo. En este Salmo otra vez habla Cristo proféticamente, diciendo a la luz de su muerte y de su resurrección: «Alegróse, por tanto, mi corazón, y se gozó mi gloria, también mi carne reposará segura, porque no dejarás mi alma en el sepulcro, ni permitirás que tu Santo vea corrupción». Predicando el apóstol Pedro en Jerusalem, cita este Salmo, afirmando con fiabilidad que Dios lo había cumplido, diciendo que David, «siendo profeta, y sabiendo que con juramento le había Dios jurado que del fruto de su lomo, cuanto a la carne, levantaría al Cristo que se sentaría sobre su trono; viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fué dejada en el sepulcro, ni su carne vió corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hechos, II, 30-32).

Podrían añadirse otras cosas, pero éstas son suficientes para demostrar que un suceso que había de ocurrir cientos de años más tarde, nadie podía conocerlo sino solo Dios, que tiene el omnisciente poder para revelar el futuro. Aquí tenemos, por consiguiente, la inspiración del Antiguo Testamento dependiendo de la resurrección de Cristo. Si Cristo resucitó de entre los muertos, el Antiguo Testamento fué inspirado por Dios; si no resucitó de entre los muertos, entonces el Antiguo Testamento no tiene ni siquiera el valor que le atribuyen sus enemigos, los críticos demoledores.

La evidencia histórica de los Evangelios.

Cada uno de los cuatro evangelistas omite partes de la vida de Cristo, y de aquí las diferencias que aparecen en los cuatro Evangelios. Pero hay dos grandes verdades consignadas notablemente en cada uno de estos libros, que son: la muerte y la resurrección de Cristo. Cada uno de los Evangelios habla de la resurrección y de la muerte como de hechos históricos. Si la muerte de Cristo es un hecho histórico, no lo es menos su resurrección. En Mateo, XXVIII, 6, está escri-

El próximo número de ESPAÑA EVANGÉLICA se publicará, Dios mediante, el jueves día 12 de Abril.

to: «No está aquí, porque ha resucitado, como dijo». En Marcos, XVI, 6: «Resucitado ha, no está aquí; he aquí el lugar donde le pusieron». En Lucas, XXIV, 5 y 6: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, mas ha resucitado». Y en San Juan, XX hay un extenso relato de las diferentes apariciones del resucitado Señor, primero a María Magdalena; después, a cierto número de sus discípulos, y más tarde, a Tomás. Aquí tenemos claras pruebas de que Jesús se había levantado verdaderamente de entre los muertos. Él habla a Magdalena, conversa con sus discípulos, invita a Tomás a tocar su cuerpo vivo y da muchas pruebas de su presencia corporal entre ellos. Estos evangelistas recuerdan este suceso como un hecho histórico. Si este hecho es falso, ¿quién podrá decir que los demás hechos recordados en los Evangelios son verdaderos? Su milagroso nacimiento, sus maravillosas enseñanzas, su vida extraordinaria, sus hechos de bondad y sus palabras de consuelo, pierden al momento todo su valor. Pero ¡HA RESUCITADO!, es el grito de triunfo de los ángeles, la inspirada palabra de los evangelistas, la irrefutable prueba de que los relatos del Evangelio están fundados en hechos históricos.

La veracidad del libro de los Hechos.

El libro de los Hechos cuenta la historia de los primeros discípulos, en sus predicaciones, su enseñanza y su manera de vivir. Estos discípulos no iban a inventar una mentira. Temerosos y horrorizados huyeron de Cristo al verle crucificado. El cuerpo muerto del Maestro jamás les hubiera hecho rebotar de entusiasmo tan repentino y tan grande, como para llevar el mensaje del Evangelio por todo el mundo. Una mentira no les habría llevado a escoger una vida de privaciones y de dificultades, en lugar de una vida cómoda y fácil, peligros constantes en vez de seguridad, y aun la muerte, en lugar de vida. Y no puede decirse que estos discípulos fueron engañados, porque, ¿quién los iba a engañar? ¿Qué interés iba a ganar con su decepción? La pregunta implica la respuesta. Y ellos no podían engañarse a sí mismos, porque habían olvidado las palabras de que Él resucitaría, y con amarga pena le dieron por muerto, como revela el relato de los dos discípulos que iban camino de Emmaus.

Desde el principio hasta el fin, el libro de los Hechos sostiene y afirma, una y otra vez, la resurrección material de Cristo como una realidad. El libro se abre con esta declaración: «A los cuales (a los discípulos), después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoles por cuarenta días» (Hechos, I, 3). El Señor habló, caminó y comió con ellos, de manera que después ninguno de los discípulos tuvo la menor duda de que había visto al Señor vivo, levantado de los muertos. Ellos nunca hablan ni obran como la gente que ha tenido una visión o que ha

contemplado una aparición etérea, sino que siempre hablan y obran como aquéllos que han visto y palpado un cuerpo vivo, que había estado muerto, pero que había resucitado. Por esto, sufrieron la pérdida de todas las cosas, fueron expulsados de su nación, fueron azotados y presos, fueron apedreados y muertos. La realidad del hecho de que Jesús vivía, venció todo intento de reducirlos al silencio en el testimonio que daban de la resurrección. La resurrección de Jesús fué la base de la predicación y enseñanza de los primeros discípulos; la piedra fundamental sobre la cual levantaron el edificio que se llama la Iglesia, la cual, después de dos mil años, resiste todos los ataques y todas las hostilidades de dentro y de fuera; fué el consuelo que sostuvo sus corazones en la hora de la prueba y de la muerte; fué la verdad que tenía gran poder, y que lo tiene todavía, para traer miles a los pies de esa Persona invisible, pero real y verdadera, que resucitó de entre los muertos: Nuestro Señor Jesucristo. Si no es verdad la resurrección de Cristo, tampoco es verdad el libro de los Hechos.

La integridad de las Epístolas.

El Cristianismo no está fundado en la razón humana, ni en la fantasía de los hombres, sino en una gran verdad: la resurrección de Cristo de entre los muertos. El fenómeno del Cristianismo, tal como lo presentan las Epístolas, en su origen continuación y desenvolvimiento, depende de este hecho.

Los autores de las Epístolas unánimemente declaran el carácter material de la resurrección de Cristo. Si no fueran veraces en esto, su integridad caería por completo. La Epístola a los Romanos se abre con estas palabras: «El cual (Cristo) fué declarado Hijo de Dios con potencia... por la resurrección de los muertos». No cabe duda de que esto se refiere, no a una resurrección espiritual, sino a una resurrección corporal, pues Pablo, el autor de esta Epístola, en su segunda a Timoteo, dice: «Acuérdate que Jesucristo, el cual fué de la simiente de David, resucitó de los muertos conforme a mi Evangelio» (II, 8). ¿Con qué propósito introduce Pablo las palabras *de la simiente de David*, si la resurrección de Cristo no es la de un ser vivo con un verdadero cuerpo? Sería cosa de tautología llenar la página de palabras que no encerraban ninguna verdad; y no habría verdad en ellas si Cristo no hubiera resucitado de los muertos.

Hay otras muchas afirmaciones del mismo carácter esparcidas por las Epístolas: «Dios le levantó de los muertos», se nos dice en Colosenses, II, 12. «Resucitándole de los muertos», leemos en Efesios, I, 19-20. Pedro dice que los cristianos son aquellos que por Él creen en Dios, «el cual le resucitó de los muertos» (1.ª Ped., I, 21). Podrían añadirse a éstos otros muchos textos que no tendrían sentido alguno, si la resurrección de Cristo, no fuera una realidad.

Si las Epístolas yerran en este asunto, no podemos afirmar que sus afirmaciones sobre

otras materias sean dignas de crédito. O tenemos que rendirnos en aceptación creyente al anuncio de su resurrección, o tenemos que apartarnos de ella por no ser digna de nuestra consideración en las cosas pertenecientes a Dios.

¿Se concibe que la Iglesia pudiera fundarse sobre una idea falsa y sostenerse a través de los siglos sobre una mentira? Y es en las Epístolas donde la Iglesia encuentra su base y su práctica, su libertad y su plenitud, su santificación y su servicio. Ella no tendría concepto alguno de estas cosas, si no fuera por las Epístolas. Pero si la resurrección de Cristo no es verdad literalmente las Epístolas no tienen valor ninguno, porque su integridad sería justamente impugnada.

El valor del Apocalipsis.

El libro del Apocalipsis procede en su totalidad sobre la suposición, que puede verse en cada pasaje lo mismo que en frases directas, de que el cuerpo de Cristo se levantó de entre los muertos. El libro se presenta como el mensaje de Cristo a sus siervos (Apocalipsis, I, 1), y el autor declara que viene de «Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de los muertos». Después este Testigo fiel dice: «Yo soy el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos» (Apoc., I, 18). No hay lenguaje más claro que éste para sostener y defender la verdad de su muerte, que todos creyeron ser verdad, y el hecho de su resurrección, que es igualmente verdad. Pero si, a pesar de lo que se dice al principio, nos encontráramos con que este «Testigo fiel» no fuera hallado fiel, sino infiel, ¿qué seguridad tendríamos de ser verdadero todo lo que Él nos va a revelar? No podría haber tal seguridad y, por lo tanto, el valor del Apocalipsis sería menor que el que le atribuyen los enemigos de toda profecía.

En conclusión, se ve que la importancia de esta gran verdad fundamental del Cristianismo nunca se estimará bastante. La resurrección de Cristo es la gran protesta de Dios contra las acusaciones lanzadas a su Hijo muy amado durante los días de su ministerio terreno; es la vindicación de Cristo a su título y a sus demandas; es la proclamación de que la deuda está pagada, la justicia satisfecha, la equidad mantenida, Satanás vencido y Dios glorificado. Quitad de la Biblia la resurrección de Cristo, y se convertirá en un libro sin valor y el edificio del Cristianismo caerá como un castillo de naipes. En cambio, dejad que esa verdad siga siendo el apoyo del Cristianismo, y permanecerá aunque las potestades del infierno la acometan, aunque Satanás se enfurezca y aunque sus súbditos nieguen que Jesucristo resucitó de entre los muertos verdaderamente.

B. B. SUTCLIFFE.

Gustosamente enviaremos ejemplares para propaganda a cuantos pastores y directores de Iglesias y Misiones lo soliciten.

EL ABC DE LA BIBLIA

CAPITULO X. — APARECE EL ENEMIGO

Nos acordamos que Lucero había pecado convirtiéndose en Satanás. Él era el príncipe de la tierra, y a su caída vió el juicio que cayó sobre ella. Durante los largos años de obscuridad y desolación que siguieron Satanás no pudo hacer nada para mejorar la condición de la tierra. Él estaba alerta y se dió cuenta cuando Dios empezó a reformar la tierra que él había gobernado en un principio. Es muy probable que Satanás vino a la tierra el mismo día séptimo cuando Dios había terminado de crear al hombre. Todavía Satanás tenía mucha sabiduría y sabía muy bien el plan de Dios, de que la tierra fuese ahora de Él, pero Satanás se propuso quitar a Dios la tierra en la que en un principio había sido príncipe. Así fué que la primera idea que tuvo Satanás fué hacer que el hombre y la mujer desobedeciesen a Dios.

Hay dos palabras en la Biblia, en la lengua en que el Antiguo Testamento fué escrito, que se usan para describir los seres angélicos y también para describir las serpientes. Las serpientes venenosas que mordieron a los hijos de Israel en el desierto se llaman Seraphs; así también se llaman algunos ángeles. En el capítulo III de Génesis los hombres han traducido que una serpiente vino a hablar con la mujer. Más tarde Dios llama a Satanás «la serpiente antigua», refiriéndose a aquella vez cuando Satanás vino al huerto del Edén a tentar a la mujer.

La Historia como Dios nos la da, dice así: «Empero el Resplandeciente (Seraph o serpiente) era astuto más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho». Porque la serpiente era astuta tentó primero a la mujer. Satanás sabía que si el hombre desobedecía primero y después le decía a la mujer que desobedeciera, ella podría muy bien decir a Dios que ella había hecho lo que Él le había dicho, esto es, obedecer a su marido.

De manera que Satanás vino primero a la mujer. Podemos imaginar lo hermoso que este ser resplandeciente parecería a la mujer. No sabemos si Dios le había hablado a ella como lo había hecho con Adam o no. De todas maneras ella debía de haberse dado cuenta que era la voz del enemigo cuando Satanás vino a hablarle, como un ángel de luz, haciendo que ella dudara de la Palabra de Dios. Si queremos saber si la voz que nos habla viene de Dios o de Satanás, fijémonos cómo habla de la Palabra de Dios. Aunque Satanás era muy hermoso y muy astuto, era el padre de la mentira y muy pronto iba a demostrar lo que era, «homicida desde el principio», porque iba a matar a toda la raza humana haciéndoles dudar de la Palabra de Dios. Escuchad con cuidado cuando la gente habla de la Biblia; si dicen que ES la Palabra de Dios, podemos

creerles mientras continúen creyendo así; pero si dicen que sólo CONTIENE la Palabra de Dios, y que contiene otras cosas que no son la Palabra de Dios, podemos estar seguros entonces que sus voces son iguales a la voz que habló a la mujer en el huerto del Edén.

Cuando Satanás habló a la mujer tratando de que ella dudara de la Palabra de Dios, él usó el nombre de DIOS en lugar del de JEHOVÁ. No encontramos en toda la Biblia el nombre de Jehová pronunciado por Satanás o sus ángeles. Ellos detestan este nombre porque éste es el nombre de Dios que denota que Él es un redentor amante. Cuando la mujer oyó la voz del ser resplandeciente que le habló de Dios usando su más lejano nombre, DIOS, que significa Creador, tratando de negar la verdad de la Palabra de Dios a Adam, ella debió de haber comprendido en seguida que ésta era la voz de un enemigo, y debió de haber corrido a donde estaba su marido. Pero al contrario, ella escuchó lo que Satanás quiso decirle, y este fué el primer paso en su caída: la mujer escuchó a Satanás.

Dios que conoce el corazón de todos los hombres, y que conocía también el corazón de la primera mujer, nos dice que ella fué engañada por Satanás, de manera que ella pensó que hacía bien en escucharle y en obedecerle.

Satanás empezó por preguntarle si Dios les había mandado no comer de todos los árboles del huerto. Él hizo esta pregunta de una manera que demostraba que él creía que Dios había sido un poco egoísta prohibiéndoles que comieran el fruto de cierto árbol.

La mujer hizo ahora otra cosa mala: empezó a hablar y a discutir el asunto con Satanás y tratando de decir lo que Dios había dicho, añadió algo que Dios no había dicho, y cambió algo lo que Él había dicho.

Dios les había dicho que no comieran del árbol de la ciencia del bien y del mal, pero la mujer añadió que no podían tocarlo. Es bueno no tocar lo que sea prohibido, pero Dios no había dicho eso. Ella también cambió el significado del resultado de la desobediencia al mandato de Dios. Dios había dicho «el día que de él comieres MORIRÁS», la mujer dijo a Satanás «porque no MURÁS».

Tan pronto como la mujer habló, Satanás contradijo lo que Dios había dicho, diciendo «no morireis». Esto debió haber sido suficiente para que la mujer horrorizada no siguiese oyendo a Satanás, porque lo que él estaba haciendo era negando rotundamente la Palabra del Dios que los había creado, sin embargo, la mujer siguió escuchando.

Entonces Satanás acusó a Dios de ser malo, pensad en ello. Dios es perfecto, y Satanás es el príncipe de los rebeldes. Aquí está él mintiendo de Dios. A él le gusta ha-

cer esto porque él no quiere que la gente ame a Dios ni que Dios les bendiga. Satanás le dijo a la mujer que la razón por la cual Dios no quería que ellos comiesen de aquel árbol era porque si ellos lo hacían se volverían como dioses, sabiéndolo todo.

Si algún hombre malo dijera a un niño que si él robara una carta que contenía mucho dinero su papá podría ser más rico, estaría diciendo en parte una verdad. El padre del niño sería más rico porque tendría entonces más dinero, pero también sería más pobre porque su hijo se habría vuelto ladrón.

Satanás no dijo toda la verdad cuando dijo a la mujer que serían como dioses sabiendo el bien y el mal, porque él no les dijo que ellos no tendrían poder para hacer lo bueno y no podrían dejar de hacer lo malo. Él fué mentiroso; lo que él quería era que el hombre no tuviese el primer lugar en la tierra, lo quería para sí.

Así la mujer fué engañada. Pensó que si hacía lo que Satanás le decía, ella y su marido mejorarían su condición, y comió del fruto prohibido. Pero sucedió algo peor. Fué terrible que la mujer desobedeciese a Dios, pero aún mucho, mucho más terrible el que el hombre lo hiciese. Veremos después por qué.

—

DICE LA BIBLIA...

Preguntas y Respuestas.

Pregunta:

¿Por qué nuestro Señor, en la cruz, dió su madre al cuidado de Juan, cuando ella tenía hijas y otros hijos que cuidaran de ella?

Respuesta:

La respuesta a esta pregunta se encuentra en que «ni aun sus hermanos creían en él» (Juan, VII, 5). Hijos de la misma madre, criados en el mismo hogar, no dieron crédito a la palabra de María de que Jesús era divino, nacido por virtud del Espíritu Santo e Hijo del Altísimo. Según lo que se profetizó de Jesús, Él podía decir: «He sido extrañado de mis hermanos, y extraño a los hijos de mi Madre» (Salmo LXIX, 8). Una vez durante el ministerio de Cristo sus amigos pensaron que estaba loco, «y vinieron para prenderle, porque decían: está fuera de sí» (Mar., III, 21). Entre estos amigos estaban también su madre y hermanos que más tarde vinieron (Ver., XXXI) para tratar de persuadirle creyendo que lo que Cristo estaba enseñando era ya demasiado. En una ocasión sus hermanos le echaron en cara diciéndole: «si estas cosas haces, manifiéstate al mundo» (Juan, VII, 4).

Por lo tanto era muy natural que Jesucristo dejara su madre al cuidado de uno que creyera en Él, y en cuyo hogar ella pudiera ser recibida con simpatía y comprensión.

Sabemos que después de la muerte de

nuestro Señor, por lo menos dos de los hermanos de Jesucristo creyeron en Él, Santiago y Judas, autores de dos de las epístolas del Nuevo Testamento.

Pregunta:

¿Por qué Jesús exclamó en la cruz «Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado», no fué que en la agonía del momento pensó (como nos pasa a nosotros algunas veces) que Dios le había abandonado?

Respuesta:

La Biblia nos dice claramente que cuando Jesucristo murió en la cruz, murió bajo el peso del pecado del mundo. «Al que no conoció pecado, hizo (Dios) pecado por nosotros para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él» (2.^a Cor., V, 21). Cristo se identificó con los pecados de la raza humana a tal extremo que Él dice en uno de los Salmos proféticos «... Hanme comprendido mis maldades, y no puedo levantar la vista; hanse aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me falta» (Salmo, XL, 12). Cristo voluntariamente tomó los pecados del mundo en aquel momento infinito en la cruz, para poder librar a todos los que aceptan su salvación del justo pago por sus pecados. La Biblia dice de Dios: «Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio». La santidad de Dios es tan absolutamente perfecta que Él no puede tener comunión con uno en quien está el peso del pecado. Así, que cuando Jesucristo se hizo pecado por nosotros, el Dios de toda santidad tuvo que abandonarle. Jesucristo es Dios mismo, Él nunca se equivocó ni se engañó. Cuando Él exclamó en la cruz «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?» fué porque Dios, el Padre, le había abandonado. La paga del pecado es la separación de Dios. «Él dirá, apartaos de mí, obradores de maldad». Esto fué lo que el Señor Jesucristo llevó cuando Él estaba haciendo expiación por los pecados del mundo.

El hecho de que el pecado causa la separación de Dios nos enseña el por qué el hombre no puede esperar tener comunión con Dios y vivir con Él en el Cielo, apartado de la muerte expiatoria hecha por Jesucristo. La Biblia dice: «Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros». Pero Dios ha provisto una salvación perfecta para aquellos que quieran recibirla. La Biblia dice de Cristo: «Mas Él, herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados, el castigo de nuestra paz sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos decarriamos como ovejas, cada cual se

apartó por su camino: más Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros» (Isaías, capítulo LIII, 5, 6). Si Jesucristo cargó con nuestros pecados, no pueden estar sobre nosotros, y estamos libres para presentarnos en la misma presencia de Dios sin que Él profane ahora su santidad teniendo comunión con nosotros. Para esto es necesario sólo una cosa, la única condición de salvación: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo» (Hechos, XVI, 31).

Pregunta:

¿Terminaron los sufrimientos de Cristo en la cruz, o sufrió Él en el Infierno por nosotros?

Respuesta:

Cuando el Señor Jesucristo murió en la cruz sus últimas palabras fueron «Consumado es». En aquel mismo momento el velo del templo se rasgó de arriba abajo, indicando así que el camino a la presencia de Dios estaba ahora abierto. Esto nos indica claramente que la obra de expiación y los sufrimientos de Cristo por el pecado del mundo se terminaron en la cruz. Él no sufrió más después de la crucifixión.

Todo esto puede probarse comparando aquellos pasajes de las Escrituras que hablan de nuestra salvación. Leemos que somos salvos «por gracia», «por la fe», «por la sangre de su cruz», «por su muerte». No hay ni una palabra que remotamente indique que Jesús sufrió después de la muerte en la cruz por nuestra salvación.

Es verdad que el credo de los Apóstoles dice: «y descendió a los Infiernos». La enseñanza contenida en estas palabras es verdadera, aunque el uso de la palabra «Infierno» ha oscurecido su verdadero sentido, hasta hacer que algunos que no entienden lo que hay detrás de estas palabras, omitan esta frase en la recitación del credo.

La palabra *Infierno* en nuestras Biblias se usa para traducir dos palabras griegas diferentes, *Gehenna*, que significa el lugar final de castigo para los no regenerados; y *Hades*, que podría traducirse «la morada de los muertos». Todavía no hay nadie en la *Gehenna*. Este lugar fué preparado para el diablo y sus ángeles. Los hombres irán allí solamente por haber rechazado el camino de salvación que Dios trazó desde un principio; ellos serán condenados y trasladados al infierno en el juicio del gran trono blanco. Antes de la resurrección de Jesucristo, *Hades* era un lugar que tenía dos compartimientos, el uno llamado *Seno de Abraham* o *Paraíso*, Jesucristo nos habla de este lugar en la historia del rico y Lázaro, en Lucas XVI, éste era el lugar de los justos. El segundo compartimiento de *Hades* es el lugar de *tormento* donde van los que no se arrepienten.

Cuando el Señor Jesucristo murió, Él fué a *Hades* (que se traduce infierno), pero no al lugar de tormento, sino al compartimiento del seno de Abraham, que Él llamó *Paraíso* hablando con el criminal arrepentido en la cruz. Cuando Cristo resucitó «subiendo a lo

alto, llevó cautiva la cautividad» (Efe., capítulo IV, versículos 8-10), llevándose así del *Paraíso* a la misma presencia del Padre a aquellos cuyos pecados habían sido cubiertos por los sacrificios del Antiguo Testamento, y que no fueron realmente justificados hasta la muerte de Jesucristo.

Cristo sí descendió al Infierno o *Hades*, no a sufrir, sino a declarar su victoria y a llevarse consigo al cielo a aquellos que por la fe habían sido salvos. Desde que Cristo resucitó, los que mueren en Jesús van directamente a la misma presencia de Dios en el cielo; los que mueren sin haber creído van a *Hades*, al compartimiento de tormento, esperando el juicio final.

LA PIEDAD DE JESÚS

*Coronado de espinas, el cuerpo flagelado,
llegó Jesús al Gólgota cubierto de sudor;
no siente pena alguna porque va a ser clavado,
antes, todo lo hace por demostrar su amor.*

*El que sanó leprosos y alimentó hambrientos
se ve crucificado por una raza cruel:
los príncipes y pueblo, de su sangre sedientos,
al pie de su agonía se mofaban de Él.*

*Jesús nada decía; su mirada enviaba
al Cielo, donde estaba el poder de su amor...
y en un arranque hermoso,
de piedad amoroso,
así dijo a su Padre: «Perdónalos, Señor».*
M. PÉREZ DEL BUSTO.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1934

España y Portugal.

Año	6,— ptas.
Semestre	3,— »
Paquetes desde 10 ejemplares:	
Trimestre, por ejemplar	1,25 ptas.
Semestre, por ejemplar	2,50 »
Año, por ejemplar	5,— »

América.

Año	10,— ptas.
Semestre	5,— »
Paquetes, por ejemplar	8,— »

Los demás países.

Año	12,— ptas.
Semestre	6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes habrán de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

BENEFICENCIA, 18. + MADRID (4)

Teléfono 33590.

ESPAÑA EVANGÉLICA no se hace responsable de las afirmaciones y teorías contenidas en los trabajos que van firmados, ni en los que, no llevando firma, aparecen en las páginas de Revelación.

MIRE, si usted no recibe en lo sucesivo ESPAÑA EVANGÉLICA, no le quepa duda: es que se le ha olvidado renovar su suscripción para este año.



TERCER CONGRESO EVANGÉLICO ESPAÑOL

ORGANIZADO POR LA ALIANZA EVANGÉLICA ESPAÑOLA

DEL 25 AL 28 DE ABRIL DE 1934. - MADRID

EL PROGRAMA DEL CONGRESO

LEMA: «El Evangelio para España».

PRIMER DÍA

MIÉRCOLES 25 DE ABRIL.

Mañana.

IGLESIA DEL REDENTOR
Beneficencia, 18.

A las diez:

REUNIÓN DE ORACIÓN

Dirigida por el Doctor Juan Orts González.

A las once:

SOLEMNE CULTO UNIDO DE APERTURA DEL CONGRESO

Ministro oficiante: Rdo. Fernando Cabrera.

Predicador: Pastor D. Jorge Fliedner.
Bendición: Rdo. Ambrosio Celma.

Tarde.

PARANINFO DEL COLEGIO DEL PORVENIR

Bravo Murillo, 63.

A las cuatro:

REUNIÓN DE BIENVENIDA

Presidencia: D. Teodoro Fliedner.

Himno, lectura y oración.

Unas palabras del Presidente de la Alianza Evangélica Española.

Himno de bienvenida, por el Coro.

Discursos de bienvenida:

Por las Iglesias de Madrid, D. Tomás Rhodes.

Por los jóvenes, D. Ramón Taibo.

Por las señoras, Srta. Olimpia Blanco.

Himno de bienvenida (4.ª estrofa), por el Coro.

Discursos de respuesta:

Por los congresistas de fuera de Madrid, D. Audelino G. Villa, de Benavente.

Por los congresistas de otros países, Profesor Paúl, de Belfast.

Himno: «Firmes y adelante».

Unas palabras del Presidente de la reunión.

Lectura de adhesiones y anuncios, por el Secretario de la Alianza.

Himno y bendición.

Noche.

EN UN TEATRO

A las nueve:

REUNIÓN MAGNA

Tema general: «Quiénes somos y qué somos».

Presidencia: D. Antonio Estruch.

Himno. Introducción.

«Breve síntesis de las fuerzas protestantes en el mundo y en España». Discurso por D. Adolfo Araujo, de Madrid.

Número de música, por el Coro.

«Por qué nos llamamos protestantes, evangélicos y sobre todo cristianos». Discurso por D. Samuel Vila, de Tarrasa.

Himno.

«Nuestra actitud respecto a Cristo y a su Iglesia». Discurso por D. Daniel Mir, de Rubí.

Número de música, por el Coro.

«El plan de la salvación». Discurso por D. Samuel Palomeque, de Costa Rica.

Himno final y bendición.

SEGUNDO DÍA

JUEVES 26 DE ABRIL.

Mañana.

IGLESIA DEL SALVADOR

Noviciado, 5.

A las nueve:

REUNIÓN DE ORACIÓN

Dirigida por D. Percy Buffard.

A las diez:

RECEPCIÓN DE DELEGADOS DE OTROS PAÍSES

Presidencia: D. Fernando Cabrera.

Himno, lectura y oración.

Discurso de presentación, por el Presidente.

Himno.

Breves discurso de los representantes de los Comités y demás entidades de otros países.

Himno.

Continuación de los discursos.

Himno y bendición.

Tarde.

IGLESIA BAUTISTA

General Lacy, 18.

A las tres y media:

REUNIÓN GENERAL

Con tribuna libre.

Presidencia: D. Juan Fliedner.

Tema de estudio: «El ideal de una buena congregación evangélica».

Himno, lectura y oración.

a) Bajo el aspecto espiritual, por don Ambrosio Celma, de Barcelona.

Tribuna libre.

Himno.

b) Bajo el aspecto económico, por don Salvador Ramírez, de Jaca.

Tribuna libre.

Himno.

c) Por su organización, por D. Elías Araujo, de Madrid.

Tribuna libre.

Himno y bendición.

Noche.

EN UN TEATRO

A las nueve:

REUNIÓN MAGNA

Tema general: «El Evangelio para todos».

Presidencia: D. Adolfo Araujo.

Himno. Introducción.

«El Evangelio para los evangélicos». Discurso por D. Progreso Parrilla, de Linares.

Número de música, por el Coro.

«El Evangelio para los católicos». Discurso por D. Alfonso Vallmitjana, de Madrid.

Himno.

«El Evangelio para los incrédulos». Discurso por D. Daniel Regaliza, de Valencia.

Número de música, por el Coro.

«El Evangelio ante los problemas sociales de nuestro tiempo». Discurso por don Miguel Aguilera, de Valdepeñas.

Himno y bendición.

Comerciantes, anunciaos en el Programa del Congreso Evangélico.

TERCER DÍA

VIERNES 27 DE ABRIL.

Mañana.

IGLESIA DE JESÚS
Calatrava, 25.

A las nueve:

REUNIÓN DE ORACIÓN
Dirigida por D. Federico Gray.

A las nueve y media:

HORA BÍBLICA

Presidencia: D. Antonio Estruch.
Breves impresiones de la Obra de la Sociedad Bíblica, por D. Antonio A. Gil, D. Isaac Campelo, D. Roberto Moreton y D. Adolfo Araujo, de España y Portugal.
Himno.
«La Biblia en el mundo latino». Discurso por D. Guillermo Rainey, de Londres.
Palabras finales, por el Presidente.

A las once:

REUNIÓN GENERAL

Con tribuna libre.
Presidencia: D. Agustín Arenales.
Tema de estudio: «La actuación del evangélico».
Himno y lectura.
a) En la familia, por D. Elías Marqués, de San Sebastián.
Tribuna libre.
Himno.
b) En su profesión, por D. Patricio Gómez, de Sevilla.
Tribuna libre.
Himno.
c) En la vida pública, por D. José Capó, de Barcelona.
Tribuna libre.
Himno y bendición.

Tarde.

A las tres y media:

SESIONES SIMULTÁNEAS

IGLESIA DE CHAMBERÍ
Trafalgar, 34.

REUNIÓN DE PASTORES

Presidencia: D. Tomás Rhodes.
Himno, lectura y oración.
«La Iglesia y sus problemas actuales». Estudio por D. José Crespo, de Cartagena.
Himno.
Una hora de discusión.
Himno y bendición.

IGLESIA DEL REDENTOR
(Salón de actos.)

REUNIÓN DE JÓVENES VARONES

Presidencia: D. Alfredo Capó.
Himno, lectura y oración.
«La juventud y el momento presente». Estudio por D. Miguel Blanco, de San Fernando.
Himno.
Una hora de discusión.
Himno y bendición.

IGLESIA DEL SALVADOR

Noviciado, 5.

REUNIÓN DE SEÑORAS Y SEÑORITAS

Presidencia: Srta. Olimpia Blanco.
Himno, lectura y oración.
«La mujer en la Obra evangélica». Estudio por D.^a Antonia Zapater, de Palamós.
Himno.
Una hora de discusión.
Himno y bendición.

A las seis y media:

SESIÓN PLENARIA

IGLESIA DEL REDENTOR
Beneficencia, 18.

Presidencia: D. Julián Saco.
Himno y oración.
Lectura de las conclusiones de las sesiones simultáneas.
Lectura de propuestas para la celebración del IV Congreso Evangélico Español.
Himno y bendición.

Noche.

EN UN TEATRO

A las nueve:

REUNIÓN MAGNA

Tema general: «El Evangelio y España».
Presidencia: D. Daniel Regaliza.
Himno. Introducción.
«La grandeza y decadencia de España en el pasado, coincide con su conocimiento o ignorancia del Evangelio». Discurso por D. Franklin Albricias, de Alicante.
Número de música, por el Coro.
«El Evangelio es más conforme al genio de España que el romanismo». Discurso por D. Juan Orts González, de Madrid.
Número de música, por el Coro.
«El triunfo del Evangelio será el triunfo de España». Discurso por D. Florentino Tornadijo, de Burjasot.
Himno y bendición.

ÚLTIMO DÍA

SÁBADO 28 DE ABRIL.

Mañana.

IGLESIA DE CHAMBERÍ
Trafalgar, 34.

A las nueve:

REUNIÓN DE ORACIÓN

Dirigida por D. Enrique Lindegaard.

Tarde.

A las tres y media:

GARDEN PARTY

En los jardines del Colegio del Porvenir.

Si desea alojamiento cuando venga a Madrid, no descuide el solicitarlo de la Comisión de Alojamiento.

SESIÓN DE CLAUSURA

EN UN TEATRO

A las siete:

Presidencia: D. Fernando Cabrera.
Himno: «Más que vencer...».
Introducción.
«Llamamiento a los españoles». Discurso por D. Agustín Arenales, de Barcelona.
Número de música, por el Coro.
Discurso de un orador hispanoamericano.
Número de música, por el Coro.
«La confraternidad humana». Discurso por D. Antonio Estruch, de Sabadell.
Propuesta para el próximo Congreso.
Número de música, por el Coro.
Himno: «Firmes y adelante...».
Bendición.
Marcha triunfal.

En el Programa que se entregue a los congresistas irá consignado el tiempo dado a cada uno de los números del programa, no pudiendo exceder el de los discursos de los veinticinco minutos.

El Gobierno de la República autoriza el Congreso Evangélico.

Las gestiones que el presidente de la Alianza venía haciendo cerca del ministro de la Gobernación, tocante a la celebración del Congreso Evangélico, han tenido un feliz resultado: El Gobierno autoriza la celebración del Congreso sin ninguna clase de dificultades.

Delegaciones de otros países.

A las ya anunciadas añadimos hoy la de la Convención Mundial Luterana, que estará representada por el profesor Alfredo Jorgensen, de Copenhague, presidente del Comité para ayuda de las Iglesias necesitadas.

Dentro de pocos días empezarán a enviarse las tarjetas para obtener la rebaja ferroviaria. Para recibir la tarjeta es preciso haber abonado la cuota de congresista.

La cuestión de los hospedajes.

Se ruega a todos los congresistas que deseen alojamiento, que escriban sin pérdida de tiempo indicando estas dos cosas:

- 1.^a El precio del alojamiento que desean.
- 2.^a Si desean pensión completa o cuarto y cama solamente.

Hemos empezado a recibir pedidos de anuncios para el Programa. No descuide usted enviar sus órdenes si desea anunciarse.

Inscripción de Congresistas.

QUINTA LISTA.

424. Roberto Moreton, Lisboa.
 425. Antonio A. Gil, Figueira da Foz.
 426. Francisco Fernández Cuadrado, Tánger.
 427. Bernardo Ontavilla, Santander.
 428. Ascensión Ontavilla, Santander.
 429. Manuela Ontavilla, Santander.
 430. Amalia López, Santander.
 431. Antonio Rodríguez Gómez, Castrogonzalo.
 432. Dionisio Mangado, Bilbao.
 433. Pedro Mañueco, Santander.
 434. Mauricio Lusa, Logroño.
 435. Antonia de Digón, San Sebastián.
 436. Elvira de Marqués, San Sebastián.
 437. Walter Sauer, San Sebastián.
 438. Otto Zutz, San Sebastián.
 439. Faustino Antón, San Sebastián.
 440. Carlos Marqués, San Sebastián.
 441. Elías Marqués, San Sebastián.
 442. Ramón Santacana, Villafranca del Panadés.
 443. Mercedes Amorós, Villafranca del Panadés.
 444. Jaime Aldabó, Villafranca del Panadés.
 445. María Santacana, Villafranca del Panadés.
 446. María Boronat, Villafranca del Panadés.
 447. Felio Simón, Villafranca del Panadés.
 448. Rafaela Díaz García, Alicante.
 449. Lola López Alcaraz, Alicante.
 450. Josefina Naborell Cano, Alicante.
 451. Mercedes Naborell Cano, Alicante.
 452. Manuel Prados, Puertollano.
 453. Lorenzo Cascado, Puertollano.
 454. Eloísa Fernández de Cascado, Puertollano.
 455. Sixto Paredes, Puertollano.
 456. Salvador González, Puertollano.
 457. Nieves Amell de González, Puertollano.
 458. José Ruiz, Puertollano.
 459. Eloísa Zamora, Centenillo.
 460. Rafaela Cabezuelo Zamora, Centenillo.
 461. Jesús Cabezuelo Zamora, Centenillo.
 462. Dulce Sosa, Centenillo.
 463. José Rodrigo Sosa, Centenillo.
 464. Salvador Guillem Águila, Centenillo.
 465. Isabel del Arco García, Centenillo.
 466. Eudisia San Román Gómez, Linares.
 467. Isabel San Román de Parrilla, Linares.
 468. Progreso Parrilla García, Linares.
 469. José Madrazo, Santander.
 470. Gumersinda García de Madrazo, Santander.
 471. Manuel Troncoso, Sevilla.
 472. José Torres, Sevilla.
 473. Sebastián Villar García, Navas de San Juan.
 474. Sebastián Villar Calero, Valdepeñas.
 475. Joaquín María Pintao, Vila Nova de Gaia.
 476. Custodio dos Santos, Vila Nova de Gaia.
 477. Francisco Lobo, Puerto de Sta. María.
 478. Ventura Vidal García, León.
 479. Estrella Somoza Rodríguez, León.
 480. Félix de las Heras Calvo, Jaca.
 481. George H. Thomas, Ronda.
 482. Pedro Jiménez, Barcelona.
 483. Ramón Piquer, Barcelona.
 484. Samuel Grau, Barcelona.
 485. Julián Ruilópez, Barcelona.
 486. Josefa Ruilópez, Barcelona.
 487. Francisco Rubio, Jaca.
 488. Ambrosio Emerson, Murcia.
 489. Rackel J. Emerson, Murcia.
 490. Lidia Esteve, Murcia.
 491. Charles Merlé d'Aubigne, París.
 492. Antonio García Crespi, Sumacárcel.
 493. José García Garrido, Murcia.
 494. Josefina García Garrido, Murcia.
 495. Timoteo Sánchez Crespo, Robledo de Chavela.
 496. Walter Birchall, Barcelona.
 497. José Guinot, Barcelona.
 498. Mercedes de Vargas, Barcelona.
 499. Everett Gill, Estados Unidos.
 500. Nicolás Bengtson, Barcelona.
 501. María Flores Guillén, Alicante.
 502. Isabel Alcaraz Pauquet, Alicante.
 503. Concepción Manríquez, Valladolid.
 504. Isaías Esteve Sampere, Alcoy.
 505. Luis Rodríguez Pereira, Vila Franca de Xira.
 506. Carlos Araujo García, Alcázar de San Juan.
 507. Victorina Valenzuela, Santander.
 508. Mercedes Álvarez, Santander.
 509. Vicente Frances, Carlet.
 510. Charles T. Fraser-Smith, Crosley Green.
 511. Juan Mitchell, Málaga.
 512. Mercedes Patino, San Fernando.
 513. Carmen Alcedo, San Fernando.
 514. Susana Perret, Torrelavega.
 515. Miguel García González, Gijón.
 516. Luis Garrido Porcinai, Madrid.
 517. Feliciano Galán Doñoro, Madrid.
 518. María Calvo Redondo, Madrid.
 519. Luisa Balboa Balboa, Madrid.
 520. Emilia Luque de Escudero, Madrid.
 521. Encarnación Cao Fonz, Madrid.
 522. Pilar Ayllón, Madrid.
 523. Francisca Linares, Madrid.
 524. Víctor Jover Rivas, Madrid.
 525. Rosa Dorrego Horna, Madrid.
 526. Luis Ballesteros, Madrid.
 527. Antonio García, Madrid.
 528. Felipe Orejón Garrido, Madrid.
 529. Inés Fernández García, Madrid.
 530. Emilia Rojo de Aparicio, Madrid.
 531. María Antonia Delgado, Madrid.
 532. Francisco Oviedo Ruet, Madrid.
 533. Rosario Castillo Marín, Madrid.
 534. Salvador Medina Montoro, Madrid.
 535. Julia de Medina, Madrid.
 536. Milagros Lindegaard Guilloto, Madrid.
 537. Luis Masip del Rey, Madrid.
 538. María Araujo Fernández, Madrid.
 539. Beatriz Araujo Fernández, Madrid.
 540. Hermann Sautter, Madrid.
 541. Lidia de Sautter, Madrid.
 542. Teresa Varela Padial, Madrid.
 543. Francisco Blasco Varela, Madrid.
 544. Esther Blasco Varela, Madrid.

Hay más congresistas inscriptos, cuyos nombres figurarán en la próxima lista. Pero es preciso que los que hayan de inscribirse, no demoren en hacerlo. Ya está la imprenta

trabajando en la impresión del programa, y la fábrica de insignias en la confección de las mismas, y no quisiéramos que algunos, por haberse retrasado, se quedaran sin estas cosas, que constituirán después interesantes recuerdos del Congreso, pues tanto el programa como la insignia serán dos obras de arte, que superarán en mucho a lo hecho en los dos Congresos anteriores.

Cuotas de Congresistas que se han recibido.

Números: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 15, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 29, 30, 31, 32, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 44, 45, 47, 48, 49, 50, 56, 63, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 89, 90, 91, 92, 96, 97, 98, 99, 100.

106, 107, 125, 126, 127, 131, 132, 133, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 156, 157, 158, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 176, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 186, 187, 193, 197, 198.

215, 218, 220, 221, 222, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 248, 249, 255, 256, 266, 267, 268, 276, 278, 279, 289, 295, 296, 297, 298, 299.

311, 364, 365, 366, 369, 387, 388, 415, 416, 423.

Estas cuotas sólo alcanzan a congresistas de las cuatro primeras listas. Se han recibido ya muchas cuotas de congresistas de la lista quinta, las cuales se acusarán en el número próximo. Muchas gracias a todos. Por la Comisión Financiera, *Juan Fliedner*, Calatrava, 25.

Alianza Evangélica Española.

Temas de oración para Marzo.

ACCIÓN DE GRACIAS:

Por la labor evangélica realizada durante la Cuaresma y la Semana Santa.

Por la obra redentora de Cristo consumada en la cruz.

Por el triunfo de la Resurrección, que es el triunfo del creyente.

SÚPLICAS:

Por el arreglo recto y equitativo de las diferencias entre obreros y patronos y la pacificación de los espíritus.

Por todos los que gobiernan y administran justicia en la tierra.

Por el Congreso Evangélico Español que va a celebrarse en Madrid, a fin de que sea una fuente de abundantes bendiciones para la Obra del Señor en España.

Un buen amigo, en África, desea correspondencia frecuente con señorita o caballero culto, para mejorar su conocimiento del español. Dirigirse, con condiciones, a la Administración de ESPAÑA EVANGÉLICA..



INFORMACIÓN EVANGÉLICA

ESPAÑA

Reunión de Oración Unida.

Se celebrará en Madrid el jueves, día 5 de Abril, a las ocho de la noche, en la Iglesia del Salvador, Noviciado, 5.

La Cuaresma en Madrid.

Con gran actividad ha sido celebrada la Cuaresma en las Iglesias Evangélicas de Madrid, contribuyendo a ello la organización por la Agrupación Juvenil de Propaganda Evangélica de diferentes series de Conferencias, con arreglo al siguiente programa:

En la Iglesia de Noviciado estuvieron las conferencias a cargo de D. Adolfo Araujo. Intentar reseñarlas, siquiera brevemente, resulta imposible, pues todas merecen amplios comentarios, y el espacio no nos permite hacer esto. Nos limitaremos tan sólo a enunciar los temas. Principió la serie el Domingo 18 de Febrero, y acabó el 25 de Marzo, tratándose los siguientes: «¿Se va acabando la fe?», «¿Por qué creer es salvarse?», «La

salvación de la inteligencia», «La salvación de los sentimientos», «La salvación de la voluntad», y «La salvación social». La labor de nuestro amigo, digna de todo encomio, ha sido muy apreciada por el numeroso público, que acudió a escucharle con creciente interés.

A cargo del Rdo. Alfonso Vallmitjana corrieron las de la Iglesia de Beneficencia, que se han venido celebrando los Domingos por la tarde, desde el 25 de Febrero. Oportunamente fueron anunciados los temas en nuestras columnas y, por lo tanto, no queremos repetirlos. El Sr. Vallmitjana posee un don precioso en la exposición de temas de apologética, pues su manera de razonar convence en la mayor parte de los casos. Todas sus disertaciones han estado muy bien asistidas de público, tanto de la Iglesia, como de extraños, que acudieron a escucharle, por el anuncio que en los diarios *La Libertad* y *El Liberal* se insertaron cada Domingo.

De las series de las Capillas de Cruz del Rayo y Prosperidad estuvieron encargados los mismos jóvenes de la Agrupación, desarrollándose en ellas los siguientes temas:

Cruz del Rayo.—Domingo 4 de Marzo: «El Arrepentimiento y la penitencia», don José García; 11 de Marzo: «La confesión

auricular y el perdón de los pecados», don Damián Morillas; 18 de Marzo: «El culto a las imágenes y el único Mediador», D. Félix Iria, y 25 de Marzo: «¿Oración o rezo?», D. Antonio García.

Prosperidad.—Viernes 2 de Marzo: «¿Nos hace falta una religión?», D. Alfonso Vallmitjana; viernes 9: «¿Podemos creer en la existencia de Dios?», D. Ernesto Araujo; viernes 16: «Cristo y la personalidad humana», D. Zacarías Carles, y viernes 23: «El Cristianismo y los problemas sociales», don Ramón Taibo.

Ambas series han sido muy interesantes y han estado bien concurridas.

Éstas son las proyectadas por la Agrupación Juvenil. También la Iglesia de Calatrava organizó una serie de conferencias, a cargo del Doctor Orts González que, de una manera sabia, trató los temas oportunamente anunciados en nuestro periódico. Su labor ha sido muy bien recibida, tanto por parte de los evangélicos madrileños, como por parte del elemento ajeno a nuestras creencias, y que, sin embargo, y en número crecido, acudía cada viernes a escuchar la autorizada palabra de nuestro amigo.

Que el Señor bendiga todos los esfuerzos realizados para honra y gloria de su Santo Nombre.

SEMANA SANTA Y PASCUA

CULTOS EN LAS IGLESIAS DE MADRID

JUEVES SANTO

Iglesia del Redentor (Beneficencia, 18): Seis de la tarde, culto de Comunión. Sermón por el Rdo. Fernando Cabrera, sobre «El Cuerpo de Cristo».

Iglesia de Jesús (Calatrava, 25): Ocho de la noche, culto con sermón de Mandato, por D. Juan Orts.

Iglesia del Salvador (Noviciado, 5): Ocho de la noche, culto de Pasión. Sermón por el Rdo. Enrique Lindegaard, sobre el tema: «¿Qué haremos de Jesús?»

Iglesia Bautista (General Lacy, 18): Ocho de la noche, «Sermón de Mandato y negación de Pedro» por los señores A. Morillas y F. Iria.

VIERNES SANTO

Iglesia del Salvador: Once de la mañana, culto de Pasión. Sermón sobre: «Las siete palabras», por el Rdo. Enrique Lindegaard.

Iglesia Bautista: Cinco de la tarde, sermón sobre: «Las siete palabras», por el Rdo. Vallmitjana.

Iglesia de Jesús: Once de la mañana, culto con sermón sobre el tema: «Camino del Gólgota», por D. Teodoro Flidner. Ocho de la noche, culto con sermón sobre: «Las siete palabras», por D. Juan Orts.

Iglesia del Redentor: Once de la mañana, oficio del día. Sermón por el Rdo. Alfonso Vallmitjana, sobre: «Las siete palabras». — Seis de la tarde, oficio de Pasión. Sermón por el Rdo. Fernando Cabrera, sobre el tema: «María al pie de la cruz».

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Iglesia de Jesús: Once de la mañana, sermón sobre el tema: «La exaltación divina». Confirmación. Santa Cena.

Iglesia del Salvador: Once de la mañana y ocho de la noche, cultos de Pascua y sermones de Resurrección. En el culto de la noche se celebrará la Santa Cena.

Iglesia Bautista: Seis de la tarde, Santa Cena. Sermones por D. Zacarías Carles y D. F. Fernández.

Iglesia del Redentor: A las once de la mañana y a las seis de la tarde, oficios de Pascua y sermones de Resurrección.

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 1 de Abril.

Confesar y seguir a Jesús.

Mat., XVI, 13-26.

TEXTO ÁUREO: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. — Mateo, XVI, 16.

TÍTULO: Negándonos a nosotros mismos por Cristo.

1) PROPÓSITO: Demostrar la necesidad de negarse a sí mismo para llegar a ser verdaderos cristianos.

2) INTRODUCCIÓN: Mencionar brevemente el asunto general del trimestre. Los hechos principales que antecedieron a la lección que estudiamos. Los grandes contrastes que encontramos en ésta.

3) LA LECCIÓN: 1. Cristo pregunta la opinión extraña. — 2. Cristo pregunta la opinión de sus discípulos. La confesión de Pedro. — 3. Se conoce a Cristo por revelación de Dios. Cristo es una revelación de Dios. Cristo no es revelado a muchos, porque son indignos. — 4. La fe en Cristo fundamento de la Iglesia. No puede existir una Iglesia cristiana sin fe en Cristo. — 5. Las llaves. Símbolo de potestad para esclarecer el camino de la salvación a las gentes, lo mismo que para señalarles el peligro de la condenación. — 6. Cristo explica su misión. Salvador del mundo. — 7. La confusión de Pedro y reprensión de Cristo. — 8. Abnegación para seguir a Cristo. Perder la vida temporal y ganar la eterna. — 9. El valor de un alma.

4) ILUSTRACIÓN: Una disputa resuelta. —

Dos personas estaban discutiendo acerca de la divinidad de Jesucristo. Una de ellas afirmaba que si fuera así, hubiera sido dicho más explícitamente en la Biblia, y entonces la otra le preguntó: ¿Cómo lo expresaría usted para que fuera indudable? — Jesucristo es el Dios verdadero, respondió el interrogado. — Ha sido usted muy feliz en la elección de sus palabras, porque son palabras de inspiración. San Juan, hablando de Cristo, dice: «Este es el verdadero Dios y la vida eterna».

Recomiende a sus amigos

ESPAÑA EVANGÉLICA

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA. ALAMEDA, 12. - MADRID.

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

Para descuentos especiales, textos de pared, postales, tarjetas de felicitación, cromos y premios para niños; dirijase a D. JUAN FLIEDNER, calle de Calatrava, 25: MADRID - 5.

Estudios Bíblicos.		Obras de Edificación.		Pesetas.	
	Pesetas.		Pesetas.		
Creo en el perdón de los pecados. Y la regeneración o el nuevo nacimiento	0,35	La cautividad babilónica, de la Iglesia, por Lutero	1,50	El Poder detrás del Papa o Nuestra Señora de Lourdes y los cuatro Evangelios	0,50
Creo en la remisión de los pecados, trad. del inglés, por M. A. L.	0,25	Epístola Consolatoria, por J. Pérez.	0,75	El Primado de San Pedro y el Papa, por Frohschammer	0,50
Los cuatro principales Apóstoles, por F. Godet.	0,75	Confesión de Fe de la Iglesia Evangélica Española	0,25	¿Sabéis lo que es un verdadero cristiano?	0,40
Estudios críticos y aclaratorios sobre la Santa Escritura, fundados en la versión moderna, por H. B. Pratt. Tomo I, El Génesis.	6,—	El Escrito en la Pared, por Th. Godfrey Jack	4,—	¿Sabéis lo que es un verdadero protestante?	0,40
El Evangelio, según San Mateo, declarado por Juan de Valdés.	10,—	El Libro Vivo. Discurso de C. H. Spurgeon	0,25	Publicaciones de gran actualidad.	
De la exist. ^a y del carácter de Dios	0,60	¿Por qué creo en la Biblia?, por P. S. V.	0,40	La oración del incrédulo. Ensayos sobre el problema religioso, por Luis de Zulueta, Embajador de España en Berlín	3,50
La explicación de la doctrina de imputación, según la Escritura.	0,20	La Religión y las Ciencias Naturales, por F. Bettex	4,—	Díálogo de Doctrina Cristiana, por Juan de Valdés, escrito en Alcalá de Henares en 1529 y publicado nuevamente con motivo del cuarto centenario	3,50
La Familia Sagrada, bellísima y auténtica descripción de la bendita familia de Jesús.	0,50	En tela.	5,—	Breve de Clemente XIV, por el cual Su Santidad suprime, deroga y extingue la orden de los jesuitas, y Real Cédula de Carlos III, mandando poner en práctica dicho Breve en España	0,50
El gran dilema: Cristo se da testimonio a sí mismo o se acusa a sí mismo, por Enrique B. Ottley	1,—	Tratados de Controversia.		Historia del Cristianismo, por W. J. Mc. Glothlin, traducido por D. Salvador Ramírez, pastor evangélico en Jaca.	7,—
Introducción al estudio de la Biblia, por el doctor W. Boyd Carpenter, traducido por M. Carrasco.	2,80	La abolición del Latín, por Pedro Sala y Villaret.	0,30	Un Campeón y Mártir de la Libertad, en España. Compendio de la vida y muerte de M. Matamoros.	0,50
Jesucristo y su Obra, por F. Godet, en tela.	2,50	Carta abierta, dirigida al Sr. Doctor D. José Vereá Bejerano, Presbítero, por Miguel Barroso	0,20	El Desenvolvimiento Religioso de España	0,50
María, la madre de Jesús, por Carlos von Hase	0,50	Carta de la Duquesa de Broglie a Augusto von Schlegel (hija de Madame Stael)	0,20	El Porvenir de los Pueblos Católicos	0,50
El Padrenuestro: como fórmula de Religión y Moral, por Pedro Sala y Villaret.	0,50	El Cristianismo de Cristo y el Cristianismo del Papa, por J. Frohschammer	0,50	La Cuestión Religiosa en Bélgica.	0,50
		¿Cuál es la Biblia verdadera? ¿La Romana o la Protestante? (Nueva edición).	0,25		
		Las enseñanzas de Roma y la Palabra de Dios, edit. en Bayona, 1868	0,50		
		El espiritismo a la luz del Evangelio	0,50		
		Fe e incredulidad	0,25		
		Manual de controversia. (Índice de textos fundamentales)	0,10		
		Manual de controversia o refutación del credo del Papa Pío IV, en tela.	2,50		



Caballero de Gracia, No. 60

▼ MADRID (Central) ▼